

¿Qué Memorias para qué políticas?¹

Por Alejandra Oberti² y Roberto Pittaluga³

PRESENTACIÓN

Una aproximación a una revisión crítica de algunos ejercicios de memoria que han tenido por objeto la experiencia de la izquierda armada en los años 70.

INTRODUCTION

An approach to the critical revision of some exercises of memory about the experience of the armed left of the 70's. ***This text is only available in Spanish.***

¹ Este texto es una primera aproximación a una revisión crítica de algunos ejercicios de memoria que han tenido por objeto, fundamentalmente, la experiencia de la izquierda armada en los años 70. Una primera versión de este trabajo se publicó en El Rodaballo. Revista de política y cultura, n° 13, Buenos Aires, invierno 2001.

² Licenciada en Sociología (UBA) y doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (FFyL-UBA). Integrante del Núcleo de Estudios sobre Memoria - IDES.

³ Licenciado en Historia (UBA) y doctorando en Historia (FFyL-UBA). Investigador del Ce.D.In.C.I. Miembro del colectivo editor de El Rodaballo. Revista de política y cultura.

TEXTO

1

En una carta a César de Paepe en 1870, Marx afirmaba que "[el] drama de los franceses, incluso de los obreros, son los grandes recuerdos. Es necesario que los acontecimientos pongan fin de una vez por todas a ese culto reaccionario del pasado". Con la guerra franco-prusiana de 1870 y la reciente proclamación de la III República francesa como contextos relevantes, la reflexión marxiana surgía a partir del contraste que encontraba entre dos declaraciones, la del partido eisenacheano de Bebel y Liebknecht y la de las sociedades obreras de las secciones francesas de la AIT: mientras el texto alemán se pronunciaba contra toda anexión para garantizar la paz con la III República, el manifiesto francés, que también estaba dirigido a los trabajadores alemanes, les recordaba las "fronteras naturales" entre las dos naciones⁴. La oposición entre ambos discursos era, para Marx, la oposición entre el internacionalismo y el nacionalismo, y en la medida en que ambas intervenciones se proponían fundar en 1789 parte de su tradición y legitimidad, implicaban dos memorias de la revolución francesa. Lo que molestaba a Marx no era el recuerdo en sí mismo, sino la particular forma del recuerdo "francés", incluso en su versión jacobina. De esta preocupación marxiana por el uso político de la memoria y del pasado, por su presencia activa en la actualidad, nos interesa destacar aquí esa afirmación en torno a una de las posibles configuraciones de la memoria: el "culto reaccionario del pasado", esos "grandes recuerdos" como obstáculos, como impedimentos de una política emancipatoria. No es este el único texto donde Marx, de manera explícita, señala su preocupación por el uso político de la memoria y del pasado, por su presencia actuante en la actualidad. En el Dieciocho Brumario, a continuación de la tan citada frase sobre las condiciones en que los hombres hacen la historia, Marx advierte: "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran

⁴ Karl Marx, "Carta a César de Paepe", 14 de setiembre de 1870, citado en François Furet, Marx y la Revolución francesa, México, FCE, 1992, p. 235. La carta es 10 días posterior a la declaración de la III República francesa. Tanto el texto del partido alemán como el manifiesto francés son del 5 de setiembre.

temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal". Y agrega más adelante: "La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado"⁵.

Marx postula a la memoria como un campo de conflicto en estrecha vinculación con la política, y clama porque los acontecimientos (la política) rescaten a los sujetos de las garras aprisionantes de esos mismos recuerdos, de una memoria en particular. Toda memoria es, entonces, una construcción de memoria; qué se recuerda, qué se olvida y qué sentidos se le otorgan a los recuerdos no es algo que esté implícito en el curso de los acontecimientos sino que obedece a una selección con implicancias éticas y políticas. Se deshace, de este modo, una tendencia habitual del punto de vista progresista, que señala que cuanto más memoria, cuanto más recordemos, mejor. Y con "mejor" lo que se quiere decir es que toda construcción de la memoria histórica por las clases subalternas tiene necesariamente connotaciones positivas, empalmando este punto de vista con la actual explosión de memorias de alcance mundial. A diferencia de este progresismo, la propuesta de Marx implica más bien el reconocimiento de que toda memoria es productiva, en tanto selecciona qué recordar y qué olvidar; y su apuesta, consecuentemente, es por una memoria consciente de sus dimensiones políticas y éticas y de sus efectos en esos campos de la sociabilidad, es decir, una memoria que sabe que realiza un trabajo en el presente y para el futuro.

En los últimos años el tema de la memoria ha cobrado una significativa relevancia. Lo que Hermann Lübbe ha llamado la musealización del mundo parece ser, como afirma Andreas Huyssen, la imperiosa necesidad de recordar absolutamente todo⁶. Esa memorialización, ese aferramiento al pasado, es para algunos una suerte de respuesta compensatoria a la angustia de un presente cuya fugacidad es vivida como la más clara evidencia de que hoy más que nunca "todo lo sólido se desvanece en el aire". Estos gestos de buscar anclajes firmes en el pasado, de darles sólidas ubicaciones a espacios experienciales actuales casi inaprehensibles, intentando transportar al presente todo el pasado,

⁵ Karl Marx, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, en K. Marx y F. Engels, Obras escogidas, tomo I, Moscú, Ed. Progreso, 1976, pp. 408 y 410.

⁶ Andreas Huyssen, "En busca del tiempo perdido", en Los Puentes de la memoria (La Plata), n° 2, diciembre 2000, pp. 12-29.

son el fruto de un paulatino pero tenaz cambio en nuestra temporalidad. Como advierte el propio Huysen apropiándose de las categorías históricas formuladas por Reinhart Koselleck⁷, el auge de la memorialización actual implica el paso de los "futuros presentes" a los "pretéritos presentes"; pero inmediatamente advierte -tal como el Marx que citamos más arriba- que esas supuestas facultades compensatorias de la memorialización frente al vértigo de un presente efímero, tendrían más bien efectos conservadores y no darían cuenta, por otro lado, del hecho de que los mismos procesos de construcción de memoria están atravesados por las dinámicas fugaces de ese cambio de nuestra temporalidad. La musealización y la memorialización como impulsos por recordarlo todo podrían significar, finalmente, que todo puede ser olvidado: como Funes el memorioso, que al recordar todo estaba imposibilitado de elegir qué recordar y qué olvidar, careciendo entonces de memoria.

Junto con el amplísimo despliegue de formas diversas de "recuperación" del pasado, desde las remakes cinematográficas o la moda retro por un lado, hasta, por otro, la gran cantidad de literatura testimonial y autobiográfica, emergió en los últimos años un cada vez más extenso y rico debate teórico y político en torno a la(s) memoria(s). Si este fenómeno es parte indisoluble de las transformaciones del nuevo siglo, en el caso latinoamericano, y en el que nos ocupa en esta nota, el argentino, la relevancia que en los últimos años tomó el tema de la memoria ha tenido un matiz más explícitamente político. No queremos decir que esa memorialización ha obturado los otros fenómenos de cultos por el pasado. Sólo que el carácter más centralmente político de las memorias en conflicto -para utilizar la acertada expresión de Jelin⁸ - tiene en la Argentina un anclaje más denso y traumático: proviene de un momento de la historia política cuyas consecuencias en el presente y en los años venideros todavía no se advierten -o no quieren advertirse- plenamente. La represión del terrorismo de Estado desde el año 1976 al 83 ha dejado su propia marca en la temporalidad política de nuestra sociedad: su figura central son los/as desaparecidos/as.

Los/as desaparecidos/as obligan a un trabajo de memoria difícil, sumamente complejo, en tanto son una ausencia presente. Al mismo tiempo imponen una ruptura en las categorías espaciales y temporales que constituyen nuestra experiencia: los desaparecidos son un no-lugar

⁷ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*. Para una semiótica de los tiempos históricos, Barcelona, Paidós, 1993.

⁸ Elizabeth Jelin, "Memorias en conflicto", en *Los Puentes de la memoria* (La Plata), n° 1, agosto 2000, pp. 6-13.

y tampoco tienen un tiempo propio (sus imágenes están congeladas en el instante pasado de su secuestro pero habitan también nuestro tiempo presente). Cuáles son las implicancias de esta presencia-ausencia para la sociedad actual es una pregunta que no podemos más que formular. Es cierto que, como afirma Héctor Schmucler, se quiso hacer de/con los desaparecidos un olvido total, un olvido del olvido, y por lo tanto una expulsión absoluta de cualquier forma de memoria: la figura de la desaparición, a través de impedirle a un ser humano su propia muerte, su muerte particular, quiso eliminar su existencia, borrar toda huella de que allí había habido un hombre, una mujer. El olvido del olvido era la meta de la desaparición, y junto con esa desaparición de la existencias particulares de hombres y mujeres concretos desaparecían también sus ambiciones, deseos y apuestas, sus futuros posibles. Un objetivo y una situación que eran plenamente conscientes para los principales exponentes del terrorismo de Estado, como cuando, interrogado sobre los desaparecidos Videla afirmó: "...Le diré que frente al desaparecido en tanto esté como tal, es una incógnita [...] mientras sea desaparecido no puede tener tratamiento especial, porque no tiene entidad; no está muerto ni vivo", con una gestualidad que buscaba reforzar la no-existencia⁹. Quizás la "desaparición" sea aún más siniestra, quizás en el olvido del olvido como meta se esconda también la amenaza subyacente, la pretensión del poder de decirnos: puedo reducirte tanto, hasta que nunca hayas existido. Y esa amenaza necesita, para funcionar, ser parte de nuestra cotidianidad, de nuestra temporalidad. ¿De dónde provenía, sino de esa presencia actual, la amenaza de Menem a los docentes instalados en Congreso, cuando dijo que no le gustaría ver otras Madres de Plaza de Mayo?

En consecuencia, los sentidos de la memoria de la represión no pueden dejar de estar presentes en cualquier intervención crítica en las redes de enunciación del presente. En este sentido, insistir en la búsqueda de las huellas del pasado es reconocer que los sentidos otorgados actualmente a ese pasado están, de algún modo, condicionados por el dolor y la aflicción producidos por desapariciones, torturas, muertes, exilios y prisiones, pero también por los efectos de la supresión de aquella apuesta política que se vivía como desafío al orden y que las variadas experiencias de esos años significaron de diversas maneras y desde distintos ángulos. Volviendo, entonces, al Marx citado, la explosión de actos de memoria no nos lleva necesariamente por un camino liberador

⁹ Clarín, 14 de diciembre de 1979, citado en Noemí Ciollaro, Pájaros sin luz, Buenos Aires, Planeta, 1999, p. 39; el mismo tramo es reproducido en la película Cazadores de utopías.

(en los dos sentidos: no nos ayuda a construir la emancipación ni nos libera del peso presente de ese pasado). Para que la memoria actúe en sentido emancipatorio, su proceso de construcción requiere de la configuración de un nuevo horizonte de expectativas emancipatorias que precisa, en el mismo movimiento de su gestación, de una reapropiación crítica de la experiencia del pasado, refundado así el pretérito como espacio experiencial para una memoria crítica. Apropiación que sólo será crítica en la medida que disuelva las plasmaciones rituales y sacralizadas de ese pasado, que sea capaz de dilucidar las argumentaciones de aquellas políticas, y que desvanezca así, las veneraciones supersticiosas y los homenajes mitologizantes, para devolver su humanidad (y la nuestra) a la militancia de los años 60 y 70.

Por ello, el problema no es si hay que trabajar o no en la preservación de la memoria histórica, sino de qué memoria estamos hablando, qué recordar, aún -y quizás más importante- cómo hacerlo. Ninguna construcción de la memoria en sentido emancipatorio puede pensarse como nuevo momento del terror, avalando entonces no sólo su existencia pasada sino también su persistencia presente.

2

La dictadura militar argentina del 76-83 eligió como parte de su metodología del terror desaparecer a miles de sujetos.

Desaparecerlos implicó arrancarlos de su entorno inmediato -la casa, la familia- y de su contexto político-social -la militancia, el barrio, la organización, el sindicato, la agrupación, la fábrica, la universidad, la escuela-, aislarlos de todo lo que los constituía como sujetos para después torturarlos y finalmente borrarlos de "la faz de la tierra".

Los organismos de derechos humanos debieron lidiar desde sus comienzos con esa realidad: clamar por saber algo, cualquier cosa, un dato "sobre el paradero...". Con vida los llevaron, con vida los queremos, Aparición con vida... consignas políticas que se imprimían sobre siluetas que intentaban representar lo irrepresentable: en este país hay miles de desaparecidos. Por un lado las siluetas y por otro fotos que retrataban lo que esos sujetos/as fueron en los momentos previos a la desaparición encabezaban las movilizaciones organizadas por los organismos de derechos humanos con la intención de denunciar lo que el poder militar estaba haciendo. Denuncias y reclamos frente a un Estado que todo lo negaba y que además procuró borrar sus huellas con

una prolijidad castrense, se tornaron, ya en los primeros años de la democracia, en un esfuerzo por "descubrir" lo que había sido "cubierto". Los desaparecidos: que digan dónde están, desenterrar lo que estaba enterrado, develar lo que había sido velado, rastrear y traer a luz las marcas del pasado desafiando las acciones de un poder que borró huellas y señales de sus crímenes. Basta recordar el importante rol que desempeñó el Equipo de Antropología Forense en la identificación de restos. La tarea de desenterrar, fue importante, es importante, en la medida que restituye una parte del pasado: aquella que da cuenta de lo que el poder hizo con esas/os sujetos/as. "Frente a la ausencia del cuerpo [los familiares] deben prolongar la memoria de su imagen para mantener vivo el recuerdo del ausente y no hacerlo "desaparecer" una segunda vez mediante el olvido [...] la obsesividad fija del recuerdo no puede dejar de repetirse porque su esfumación duplicaría la violencia de la primera tachadura de identidad ejecutada por la desaparición, haciendo a ambas definitivamente cómplices de una supresión total (en el espacio y en el tiempo) de los rastros del sujeto"¹⁰.

Contra este dispositivo del olvido lucharon y luchan los organismos de derechos humanos, los familiares y algunos sectores de la sociedad. Contra ese olvido se continua exigiendo hoy por lo menos verdad (recuérdense los "juicios por la verdad"). En este contexto, saber qué pasó es ir a contracorriente del dispositivo del terror que se esforzó por borrar sus huellas (hay o no hay archivos en la Argentina), es arrancarle al olvido el nombre y el rostro del desaparecido.

La amenaza, que se buscó silenciar es -en parte- lo que en los primeros párrafos de este ensayo llamamos "la apuesta política de los ´70 que se vivía como desafío al orden". Operación de reconciliación -somos todos iguales antes ese pasado- montada sobre una operación de silenciamiento del antagonismo producto de las diferentes apuestas políticas de la primera mitad de los ´70. Y la lucha armada como una de esas apuestas. Como una opción con un peso específico propio en la vida política, o por lo menos en las significaciones actuales de aquel período¹¹.

¹⁰ Nelly Richard, Residuos y metáforas, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1999, p. 42.

¹¹ Si hasta hace muy pocos años era notable la ausencia de debate sobre los años ´70, en los últimos años surgieron algunos trabajos sobre todo testimoniales y periodísticos, que buscan dar cuenta de lo acontecido en ese período. Entre esos trabajos es notable la proliferación de testimonios de militantes vinculados a la lucha armada en los cuales se abona una especie de leyenda heroica que no permite una discusión crítica de los sucesos. Por

Supresión de la apuesta política, supresión de los cuerpos, del derecho al duelo, de la identidad (apropiación de niño/as, hoy adultos/as) terminan confundidas en una sola y gigantesca operación de terror y obligan a repetir una y otra vez, en actos y conmemoraciones, que el daño ha sido cometido. La catástrofe llevada adelante por el poder obliga a reactualizar día a día la advertencia acerca de la brutalidad de la violencia pero a la vez obturan la posibilidad de visitar críticamente ese pasado reciente. Si como señala Reinhart Koselleck las herencias del pasado constituyen el terreno sobre el cual plantear deseos y proyectos que a su vez serían impensables si no se los pone en relación con el futuro, si el pasado no se encuentra separado del futuro sino que lo redefine en función del horizonte de expectativas de cada tiempo presente, entonces no poder visitar ese pasado, no poder analizar críticamente el horizonte de expectativas que animaba aquella lucha política -y la lucha armada como parte de la misma- en el pasado reciente implica no poder trazar un nuevo horizonte de expectativas para el mañana de hoy.

Pero, ¿es posible reinscribir el recuerdo de lo acontecido sin apelar a la repetición ritual? O dicho de otro modo, yendo más allá de contar una y otra vez lo que el poder ha hecho con ellos/as.

¿Cómo reinscribir ese recuerdo en un relato más amplio? Si, como decíamos más arriba, una parte del pasado es restituido por el proceso arqueológico de desenterrar los restos, la otra parte se puede reponer reinsertándolos discursivamente en aquel lugar de donde fueron arrancados: su biografía y su historia.

Recontar las historias -personales y políticas- de las víctimas implica restituirlos como sujetos. Historias personales: padre, madre, hijo, hija, sindicalista, compañera, militante, estudiosa, artista, fumador, deportista, tímida, alegre... reaparecen en los relatos de aquellos que los conocieron -familiares, amigos-; personas y no siluetas. El espesor producido por la propia vida y que les fue quitado por la desaparición volvería a surgir, no con la intención de admirar contemplativamente lo que eran -como si eso fuera posible- antes de que el poder se ensañase con ellos/as, sino con el objetivo de abrir fisuras, brechas en el muro aparentemente impenetrable de lo que la desaparición les hizo y

ejemplo, todavía hace falta reponer la relacionalidad entre los distintos movimientos de contestación política, social y cultural, y sus fuerzas relativas en el cuestionamiento del orden. La centralidad de las organizaciones armadas para interpretar aquellos años es una cuestión abierta, pues no hay trabajos de conjunto que las integren relacionalmente en el campo político.

también a todas/os nosotros/as. Abrir brechas que no pretenden reponerles una voz que ya no tienen sino simplemente permitir(nos) hablar el pasado con el lenguaje crítico del presente. Una vez abandonada la tentación contemplativa, una vez recuperada la "biografía" hay además que visitar la politicidad, lo cual implica mirar críticamente las acciones de estos/as sujetos/as -muchos/as de ellos/as marcados/as políticamente- y reasumir la conflictividad que se perdió.

Reasumir la conflictividad es parte de restituir esa humanidad robada, pero eso no puede significar, si no queremos atarnos a una suerte de memoria nostálgica de aquello que había antes de la derrota, obviar el hecho mismo de la derrota política de aquella apuesta. Hablar de derrota, y de las responsabilidades políticas de la izquierda en la misma resulta, también, indispensable.

3

Hasta hace unos pocos años la militancia en las organizaciones político-militares de los años '70 había recibido escaso tratamiento tanto en la literatura sociológica e histórica, como en expresiones artísticas. Sin embargo a partir de la segunda mitad de la década del noventa, aquella experiencia comenzó a ser objeto de múltiples interpretaciones que intentan, desde diferentes perspectivas, dar cuenta de lo acontecido. Textos testimoniales, periodísticos, literarios, cinematográficos y, en menor medida historiográficos o sociológicos denotan una creciente preocupación por ese fragmento de la historia argentina.

A continuación intentaremos inscribir las consideraciones precedentes en el análisis de algunos productos culturales que hacen del pasado reciente su materia. Se trata de una revisión crítica de tres textos producidos en los últimos años: el debate que, entre enero y marzo de 2001, publicó Página/12 en torno a la militancia de los setentas; el libro Los setentistas de Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, y el documental testimonial Papá Iván de María Inés Roqué. Son textos de carácter diverso (periodístico, académico, documental), incluso en términos de género discursivo, donde aparecen a su vez operaciones de memoria particulares.

Debatiendo a diario. Los años ´70 en las columnas de Página/12

"El Cordobazo y la unidad de las organizaciones revolucionarias, así como el significado de los años 70 en el presente son parte de este capítulo del debate que abrió Página/12 como una forma de superar las dos explicaciones históricas oficiales: la de la guerra contra la agresión marxista y la de los dos demonios. El resultado, saludable, no es una nueva teoría oficial, sino muchas visiones que coinciden, polemizan y se entrecruzan."

Con este breve texto Página/12 encabeza uno de los capítulos del debate acerca de los "años 70" que tuvo lugar en sus páginas entre enero y marzo del año 2001, los domingos en la sección Debates. La estrategia discursiva de este diario ha combinado, desde su nacimiento, la parodia, la sátira y los juegos de lenguaje para marcar fuertemente un lugar enunciativo de comentarista crítico de la vida política argentina e internacional. A diferencia de otros medios que juegan a la "transparencia" y la objetividad, Página/12 no busca borrar su presencia. Las tapas y los títulos hablan a las claras de un enunciador crítico, en algunos casos irónico, que propone al lector un pacto de complicidades y juicios valorativos sobre los contenidos noticiables, modelados frecuentemente por editoriales sintéticos y burlones de la noticia del día, a partir de operaciones de montaje de imágenes. Sin embargo en los diversos capítulos que conforman la polémica a la que hacemos referencia no hay tono irónico ni paródico. Por el contrario, en este caso la modalización es la de un enunciador reflexivo que intenta englobar las diferentes posturas para que se constituyan en un mosaico explicativo capaz de dar cuenta de lo acontecido en aquel período de la vida política argentina. Nos detendremos en una pocas cuestiones abordadas en dicho intercambio de opiniones.

En el copete arriba citado, a través del cual Página/12 quiere dar cuenta de los senderos y las inflexiones del debate que sobre los años ´70 tienen lugar en sus entregas dominicales, hay varias presunciones y articulaciones de distintos elementos que son útiles para pensar la cuestión de la memoria. En primer lugar está presupuesta la existencia de explicaciones "oficiales", memorias institucionales; no una sino dos: la de la guerra contra la agresión marxista y la teoría de los dos demonios. En segundo lugar, se afirma la necesidad de superar esas explicaciones pero no a costa de estructurar una nueva versión oficial, sino a través de una actitud que parta de escuchar otras voces, las cuales por el mismo hecho de ser varias y entrecruzarse no sólo no constituirían una nueva teoría oficial sino que tendrían la virtud de

configurarse como un entramado interpretativo. Por último, para el diario pensar los años ´70 es discutir, entre otras cosas, su significación en el presente.

Explicaciones oficiales-ejercicio de superación-significado de los años 70 en el presente-no constituir una nueva historia oficial-multiplicidad de versiones. A través de este hilo argumentativo, Página/12 -dándole la palabra a algunos colaboradores habituales y otros no tanto- pretende erigirse como un enunciador dispuesto a no ser cómplice ni de las versiones oficiales, ni de las operaciones sociales de borradura y silenciamiento de las voces disonantes de las que los medios son parte insoslayable. Así, frente a las versiones institucionales del pasado setentista, el diario propone lo que quisieran ser los primeros trazos de otra memoria, quizás una contramemoria o una memoria colectiva edificada desde las narrativas de los protagonistas. No es casual, entonces, que los que escriben en este debate hayan estado vinculados a las organizaciones políticas y/o político-militares más importantes de los primeros setenta. Tampoco resulta casual el hecho de que esta discusión tenga lugar en los meses previos al 25º aniversario del golpe de 1976. La disposición del diario, la participación de ex-militantes setentistas y la contemporaneidad del debate con una pluralidad de manifestaciones políticas, sociales y culturales que desde distintos ámbitos de la sociedad se desarrollaban en torno al repudio de aquel 24 de marzo, todo ello constituye una combinatoria de elementos y dispositivos necesarios en el proceso de construcción de memorias que pretendan peso social y cultural¹².

Por un lado, la autenticidad de la memoria a construir se edifica desde las distintas intervenciones de los articulistas, en las cuales el tono analítico se complementa con expresiones testimoniales capaces de contactar y significar experiencias ajenas. Estas dos dimensiones de las escrituras se combinan además con la multiplicidad de voces, otorgándole a la memoria emergente una amplitud imprescindible, incorporando varios recuerdos y contenidos concretos y dándoles un sentido compartido (y esto más allá de si existen o no coincidencias en el debate, ya que esas significaciones comunes son construidas sobre discordancias parciales, que son las que encuentran "ecos" diferentes en la sociedad). Por otro lado, Página/12 cumple una doble función: es el

¹² Véase Steve Stern, "De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)" en Mario D. Garces (comp.), Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX, Santiago, LOM, 2000.

vehículo que proyecta este trabajo de memoria en un espacio público, y es el referente que, hoy por hoy, puede solicitar una identificación a los lectores a través de los pactos y las complicidades que sostiene con cierta franja de la sociedad. Pero como toda memoria, la implicada en la tarea que propicia el diario se cimenta en rescates y olvidos, en desplazamientos y significaciones.

Uno de los temas centrales de la polémica -en rigor el detonante de la misma a partir de la publicación del libro de Larraquy y Caballero- es la figura de Galimberti y su significación respecto de la generación militante de los ´70. "Símbolo", "cifra", "representante", "ejemplo", "metáfora", "síntesis", son algunos de los términos a través de los cuales los articulistas intentan abordar el problema, aún cuando todos respondan negativamente a la pregunta sobre la relación simbólica o representativa. "La figura de Galimberti tiene la fuerza del paradigma negativo" afirma Bruschtein, e inmediatamente contrasta al Galimberti de hoy con las aspiraciones de la generación setentista: "es exactamente lo que ellos no querían llegar a ser"¹³. "Hay una instrumentación política en la maniobra por instaurar al oscuro Galimba como símbolo de la militancia de los ´70. Si ese fue el símbolo, poco puede haber de rescatable en los valores de esos años"¹⁴. Por ello, el propio Feinmann, a dicha "instrumentación" simbólica, le opone lo que erige como su contracara: la militancia setentista -nombrada así, en general, o a través de figuras cuya consagración simbólica permite condensar sentidos precisos y socialmente valorados, como el Che o Walsh-, lugar en el que residen los valores que Feinmann convoca a rescatar. La producción de memoria sobre los setenta se asienta, de este modo, sobre una dicotomía axiológica: la militancia reúne lo positivo, mientras en ciertos (y pocos) dirigentes reside lo negativo.

Pero la contraposición es paralela a un desplazamiento: como dice Wainfeld, "los ´70 hubieran sido lo mismo que fueron si Galimberti, literalmente, no hubiera existido"¹⁵. Y Bruschtein remata que "Galimberti, y algunos pocos más, no son representativos de esa generación". Así, no sólo se niega toda vinculación significativa entre la generación de los ´70 y Galimberti (desestimando incluso su posición dirigente en la JP de entonces), sino que se sostiene que todo abordaje histórico de aquellos años puede hacerse (debe hacerse) descartando

¹³ Luis Bruschtein, "Deslumbrado por el fusil", Página/12, 21/1/2001, p. 12.

¹⁴ José Pablo Feinmann, "Galimba, el colimba", Página/12, 21/1/2001, p. 13 [el subrayado nos pertenece].

¹⁵ Mario Wainfeld, "Cuando el coro era protagonista", Página/12, 21/1/2001, p. 12.

esta presencia (sea Galimberti, o Firmenich, o "algunos pocos más"). El fantasma que sobrevuela la memoria en torno a la militancia setentista anida en la impregnación de significaciones negativas del pasado militante proyectadas desde los itinerarios posteriores de algunas de sus figuras públicas, itinerarios que vendrían a contradecir integralmente los nudos simbólicos sobre los que se vertebró aquella memoria para una franja importante de la sociedad.

Es cierto que, como dice Wainfeld, esa historia no puede ser contada por una sola voz, pero eso es distinto de su desplazamiento de toda enunciación. Por otro lado, si "la cuestión Galimberti" resultara tan irrelevante, ¿por qué entonces esta proliferación de plumas dedicadas a negarle un lugar destacable en esa historia? Estos dirigentes no fueron cuerpos ajenos a aquellos años. Porque lo que se obtura en estos ejercicios de memoria es la posibilidad de pensar y comprender las relaciones entre la militancia de base y esos dirigentes. Y es justamente la mirada retrospectiva planteada en torno a la representatividad de una determinada figura -desde una perspectiva ciertamente moralizante en tanto expresión del imaginario setentista ya constituido-, la que provoca la obturación de toda posibilidad de comprensión de la compleja trama implicada en aquellas organizaciones, y de las subjetividades y valores que, más allá de sus anhelos, efectivamente promovían.

Esta representación sin fisuras del militante setentista se extendió, como puede verse en las intervenciones de Rafael Bielsa, a las significaciones epocales: la construcción de los años ´70 como un tiempo incomparable con cualquier presente. Lo que no estaría mal en varios sentidos, pero que se pierde cuando esa inconmensurabilidad implica a su vez una jerarquía existencial: "esos años sin par" como titula el síndico general de la Nación, Rafael Bielsa, la primera de sus tres intervenciones en el debate, agregando que "vivir los ´70 fue lo más trascendente que me pasó en la vida"¹⁶. Años inigualables, propuestos como plenitud vivencial que tienen como contracara implícita la denigración del presente, de los espacios experienciales y las expectativas futuras de esta época. Al igual que las anteriores intervenciones, el ejercicio de memoria de Bielsa decide saltarse el explorar la conformación misma de los entramados relacionales entre los sujetos que constituían la "militancia setentista", con sus propias relaciones de poder y autoritarismo.

¹⁶ Rafael Bielsa, "Esos años sin par (a propósito de Galimberti)", Página/12, 28/1/2001, p. 15.

"Es fundamental el debate sobre nuestro pasado. Pero si lo que se pone en discusión es la vida personal de Rodolfo Galimberti... no cuenten conmigo. No soy jueza de ningún montonero"¹⁷. Alicia Pierini, a quien pertenece la cita, explicita otra clave de las lecturas que hasta ahora conformaron las memorias e historias sobre el pasado reciente en la Argentina: el juicio. En una militancia que absorbió todos los aspectos de la vida de quienes la alentaban ¿qué sería "lo personal"? Más bien parecería que para Pierini cualquier intervención implicaría un "enjuiciamiento". ¿Cuánto de la práctica misma de la militancia setentista se traslada a estas formas de construir la memoria, donde crítica y juicio (veredicto) se confunden miméticamente? No se trata de "enjuiciar", en el sentido del juez, que como dice Ginzburg no se ocupa de la verdad sino de dictar un veredicto, sino de restablecer la importancia capital que para la política presente y futura tiene la indagación sin contemplaciones de ese pasado.

Resumiendo: en los aspectos señalados, estos ejercicios de memoria deciden saltarse el explorar la conformación misma de los entramados relacionales entre los sujetos que constituían la "militancia setentista", con sus propias relaciones de poder y autoritarismo, evitando profundizar -más que sobre los caracteres personales de tal o cual dirigente o militante-, sobre los dispositivos y legitimidades, valores y subjetividades que se constituyeron en aquellos años. Estas formas del recuerdo (de "grandes recuerdos") les permiten constituir su propia versión del pasado, y son las que sustentan las versiones mitologizantes de un período heroico y sacralizado, sobre el que no cabe ninguna mirada crítica porque su efecto es la obturación de toda interpelación de aquellas experiencias e ideas.

La historia académica: "Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976"

Tal como queda explicitado en el título¹⁸, el propósito de este texto es recuperar una experiencia, cual es la que surgió de las relaciones entre clase obrera e izquierda en los primeros '70, relación que los autores

¹⁷ Alicia Pierini, "Debatir la historia, no sobre personas", Página/12, 18/2/2001, p.12.

¹⁸ Pablo Pozzi, Alejandro Schneider, Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976, Buenos Aires, Eudeba, 2000, p. 9.

caracterizan como "dinámica y dialéctica, a pesar de los errores cometidos por estas organizaciones". En rigor es una historia de un fragmento de la izquierda marxista en esos años y la tarea de recuperación de esa historia se enfrenta, para los autores, con dos obstáculos principales. Por un lado, quebrar el vacío historiográfico en esta materia; por otro, confrontar con la teoría de los dos demonios; pretenden así, trabajar contra dos "memorias" -a las que consideran oficiales-. En el primer caso, "...la historiografía existente registra en forma casi exclusiva a la guerrilla 'setentista' como de clase media y peronista. En casi todos estos estudios la izquierda guerrillera (cuya importancia era tan grande o mayor que la peronista) casi desaparece de la historia"¹⁹. En el segundo caso, se trata de confrontar la versión que situó a la izquierda como uno de los "demonios" causantes de los males del pasado argentino, versión que se construyó en los primeros años de la transición democrática y que actuó como discurso legitimador tanto de la democracia emergente como de las fuerzas que decían encarnarla, libres entonces de responsabilidades por todo pasado. El ejercicio historiográfico y de "contramemoria" que pretenden producir los autores, aún cuando se atenga a los procedimientos formales de la historiografía académica en tanto dadores de legitimidad a esta particular narrativa, reconoce la dimensión política actuante en el presente e inherente a toda historia. De tal forma, la restitución de un lugar significativo para una parte de la izquierda marxista de los años '70 es, además, afirmada en función de "generar una respuesta alternativa en la actualidad"²⁰.

La base de la documentación que sirve para la elaboración del texto la constituye un amplio abanico de entrevistas de historia oral²¹. Casi las dos terceras partes del libro están conformadas por testimonios que los autores decidieron integrar al texto. Se trata de ocho largos diálogos con militantes de la nueva izquierda, donde a través de las preguntas que realiza el entrevistador surgen "relatos de vida"²², los cuales son puestas en discurso de algunos aspectos de la propia historia, lo cual exige no sólo concatenar los hechos y fecharlos, sino articularlos según

¹⁹ Ibidem, p. 13. Con "izquierda guerrillera" los autores se refieren a la guerrilla autodefinida como marxista.

²⁰ Ibidem, p. 13

²¹ Los mismos autores advierten sobre la centralidad de los testimonios orales como base documental de su texto. Ciento treinta y cuatro fueron las entrevistas realizadas para este trabajo; Ibidem, pp. 10 y ss.

²² Pozzi y Schneider aclaran que "la técnica utilizada para la recolección de los testimonios fue la de la 'historia de vida' con devolución y repregunta", ibidem, p. 12.

una lógica de las acciones. Ahora bien, estas concatenaciones causales no siempre aparecen de manera espontánea en el relato del entrevistado sino que son provocadas por las preguntas y repreguntas del entrevistador. Es ya en este nivel en el que aparecen los primeros síntomas de una operación de memoria cuya politicidad implícita revierte en una oclusión de cuestiones claves a la hora de construir una historia y una memoria que no estén afectadas por los problemas que señalaba Marx. La urgencia por obtener respuestas que abonen la hipótesis del libro -que la clase obrera era receptiva a las ideas de la nueva izquierda en general y al accionar de las organizaciones político-militares en particular-, hace que se desdibuje en los relatos la historia del entrevistado como tal. Por lo tanto, cada vez que los entrevistados empiezan a desplegar un relato que no aporta en el sentido que se le quiere dar a la entrevista, surge una pregunta que desvía la narración produciendo un efecto de "interrogatorio", antes que de relato fluido. Por ejemplo, la única mujer entrevistada, refiriéndose a la influencia de los movimientos revolucionarios en el mundo, dice: "... en países donde vos ni siquiera los podías ubicar en el mapa, había habido heroicos movimientos guerrilleros", a lo cual el entrevistador repregunta: "¿Y qué imagen te hacías de un heroico guerrillero?"²³. En este ejemplo se observa un vuelco injustificado: no se atiende al decir de la entrevistada sino que, apoyándose en las palabras del relato, los entrevistadores la dirigen hacia la definición de la figura del héroe, abonando una de las claves de la militancia setentista y de las miradas retrospectivas más difundidas sobre ese pasado. Esta estrategia de interpelación se expresa en numerosos pasajes. Nos referimos a un modo de formular algunas preguntas que produce un efecto de interrupción del relato y que busca imprimir un sentido único a la respuesta. Si bien los testimoniantes introducen desplazamientos que permiten entrever otras problemáticas y otros campos de significación para aquel pasado, lo que queremos señalar es la fuerte compulsión de los historiadores tendiente a construir los testimonios que sirvan de apoyatura documental a la perspectiva inicial de la investigación.

De tal forma, el libro más que poner a prueba la hipótesis inicial, rastrea en los relatos actuales de la experiencia militante de los setenta los motivos por los cuales los trabajadores se incorporaron a las organizaciones de la nueva izquierda. En consecuencia, lo que resulta de este ejercicio es más una ilustración de la hipótesis de partida que una búsqueda por recuperar, al menos parcialmente, las subjetividades de los testimoniantes, a la par de constituirse -justamente a partir de esos

²³ Ibidem, p. 378.

testimonios- en un ejercicio reflexivo e interpretativo que reelabore sus propios puntos de partida; como señalan los mismos autores, "...los testimonios aportan las experiencias concretas a nuestras categorías abstractas"²⁴.

De tal forma se produce una suerte de paradoja: la búsqueda por situar el mismo texto en las tramas discursivas historiográficas y políticas sobre el pasado reciente como una voz a contracorriente, termina obturando la posibilidad de efectuar un análisis crítico de dicho pasado. La operación de memoria, partiendo de esa situación de cuasi vacío historiográfico en torno a esta materia, pretende mostrar la existencia relevante de lo que denominan la "izquierda guerrillera". Para reponer a ese sujeto borrado de la historia, los autores recurren a una serie de deslizamientos argumentativos, que partiendo de los vínculos entre clase obrera e izquierda llega finalmente a constituir una identificación entre trabajadores e izquierda marxista (armada y no armada)²⁵. La reposición se trastoca en una sustitución: la guerrilla peronista y de clase media de "la historiografía dominante" es reemplazada por la "izquierda guerrillera" de cuño marxista. Expresión de esta operación es el mismo título del libro, donde "los setentistas" son redefinidos a partir de la relación entre clase obrera e izquierda (marxista).

Aún reconociendo la dimensión política de la historia, el libro se detiene justamente en su hipótesis inicial: mostrar que "numerosos trabajadores" se incorporaron como militantes a diversas fuerzas de izquierda²⁶. Al igual, pero en forma diferente, que el debate en Página/12 antes analizado, aquí tampoco hay lugar para las miradas críticas. Por el contrario, aún cuando los autores se proponen atender a las múltiples dimensiones de la experiencia de las izquierdas setentistas, la problematización de la misma, el análisis crítico de las prácticas desplegadas y las subjetividades involucradas, las propias características organizacionales y políticas de dichas fuerzas de izquierda, no son abordados en profundidad, cuando no están directamente ausentes. La politicidad de esta "historia académica" termina construyendo otros olvidos: la reflexión se detiene antes de preguntarse por los significados de "la toma del poder", por la organización, la concepción instrumental

²⁴ Ibidem, p. 103. Esto resulta aún más notable debido al propósito explícito de los autores de basar su texto en los procedimientos de la historia oral, y aún en la transcripción, como un voluminoso apéndice, de algunas de las entrevistas que realizaron.

²⁵ Véanse al respecto, la "Introducción" y el capítulo primero del libro de P. Pozzi y A. Schneider.

²⁶ Ibidem, p. 9.

de la política, las prácticas, el sexismo, el autoritarismo, el militarismo, el personalismo, etc. Más que una historia y una memoria alternativas, portadoras de otra politicidad porque actúan como liberadoras de los tabúes que las propias "memorias oficiales" de las fuerzas de izquierda han construido, Los setentistas procede simétricamente respecto de la historiografía que supuestamente viene a refutar, se construye especularmente ante ella, y sus objetivos iniciales de marchar a contracorriente se transforman en el fortalecimiento de las formas consagradas de mirar ese pasado, las de la historiografía existente, en las que se debe incluir la construida por la propia izquierda.

El cine como ejercicio de memoria: "Papá Ivan"

Quisiéramos mencionar ahora la película documental Papá Ivan, de María Inés Roqué, quien a través de este film intenta una interrogación aguda acerca de la militancia de su padre, el dirigente montonero cordobés Iván Roqué. Aquí vamos a hacer una síntesis muy apretada de algunos fragmentos que apoyan nuestra argumentación; para un análisis más profundo del film se puede leer el texto de Ana Amado "Ficciones de la memoria" en el n°7 de la revista Mora.

El propósito del documental es, tal como la directora señala en varias oportunidades a lo largo de la película, dar cuenta de la ausencia de su padre. María Inés sabe que su padre murió, luego de sostener un largo tiroteo con las fuerzas militares que habían cercado la vivienda donde residía, pero la ausencia de la que la directora quiere dar cuenta es la de su padre como padre -de allí el título-, y por ello busca comprender las razones y los hechos de su militancia, una militancia que, como el propio Iván Roqué explica en la carta que les dejó a sus hijos -presente en el relato a través de la voz en off de María Inés-, a pesar del dolor personal lo obligaba a la clandestinidad. En esa carta Iván explica por qué la opción por la lucha armada, esgrimiendo sus razones para justificar el abandono de los hijos a través de la legitimidad histórica implicada en la decisión de abrazar la causa revolucionaria. La hija, sin embargo, no acepta el relato paterno sin más, sino que lo pone en duda a través del contraste con otros testimonios que componen una suerte de mosaico narrativo.

Dar cuenta de la ausencia de su padre es también, como lo explicita la directora, una tarea de duelo: la intención de la película, dice María Inés, apuntaba a llenar el hueco dejado por la ausencia del padre, construir un lugar de representación para lo que siempre le contaron: "...no tengo nada de él, no tengo una tumba, no existe un cuerpo, no

tengo un lugar donde poner todo esto...". La operación de memoria de María Inés, signada por ese dar cuenta de la ausencia paterna, se condensa en la restitución de una biografía para Iván. Todo el film es un intento por conocer y reconocer al padre, de comprenderlo en sus dimensiones políticas y personales; en definitiva, es un relato comprensivo (y no concesivo) sobre su accionar. En la primera parte de la película, ambas dimensiones -la personal/familiar y la política- marchan juntas y se implican mutuamente: la politización de Iván, su crecimiento como militante es acompañado por los relatos de quienes lo conocieron entonces, sus amigos y amigas, sus alumnas, y fundamentalmente, la mamá de María Inés, Azucena Rodríguez. Esos relatos sirven para restituirle a Iván la dimensión humana, con sus pasiones, sus gustos, su labor docente, las relaciones con su pareja y con sus hijos, etc., y son acompañados por imágenes de una escuela, de una fiesta y algunas fotos familiares que dan cuenta de la vida cotidiana.

"Prefiero un padre vivo a un héroe muerto", afirma María Inés en los tramos iniciales del film. El propósito de desmontar la visión heroica del padre es producido por la directora en un sutil juego de oposiciones. Oposición frente a uno de los ex compañeros de militancia de Iván, quien compartió con Roqué el momento del pase a la clandestinidad: a la pregunta de María Inés "¿era de día?", el entrevistado responde "No, creo que fue de noche, pero no recuerdo, exactamente ... ¿tiene mucha importancia?". "Sí, para mí, sí -replica María Inés- para mí es como un nudo importante, que marca que ya no se pueden conciliar la vida familiar y...". La vida cotidiana, la vida familiar, la atención a los hijos es arrancada, amputada de las opciones políticas, constituyendo un tipo determinado de subjetividad militante. Las palabras de una mujer mayor, que realizaba apoyatura logística a Montoneros -y a quien el propio Iván, como signo de respeto, llamaba El oráculo de Delfos- sirven a modo de definición de esa determinada subjetividad política: "Iván era un tipo de una disciplina muy fuerte y una capacidad para no demostrar sus sentimientos... ser revolucionario era parte de un control..."

El juego de oposiciones continúa con el contraste entre el pase a la lucha armada del padre y la firmeza de la madre en su rechazo a la violencia; en este tema y en otros el discurso de la madre replica la escisión entre política y vida cotidiana con la posibilidad de la politización de lo cotidiano y muestra en la decisión materna que otras opciones y alternativas más integradoras existieron entonces. Es significativo el siguiente tramo del diálogo con la madre: "...yo no podía permitir que ustedes vivieran los controles que había en Devoto para

verlo [se refiere a la detención de Iván]... y [él] me contestó que yo era una burguesa y que no entendía nada y que los hijos de los revolucionarios iban allá y cantaban...". El diálogo aparece intercalado con el testimonio de un compañero de Iván en el que se destaca su importancia como militante y lo significativo de su detención, sosteniendo ese sutil juego de contrastes que señalábamos.

El héroe construido por una visión cristianizante (evidente en el discurso de Bonasso y en el amigo de Iván, quienes al referirse a las circunstancias de su muerte destacan tanto el coraje como la actitud sacrificial) y la percepción de la política como una guerra entre ejércitos, son contrastados con la heroicidad silenciosa que no se reconoce como heroica, ejemplificada por la madre. No es que María Inés no reconozca la abnegación y la convicción de su padre: los relatos sobre su muerte son elocuentes y sirven como un homenaje a quien pelea por sus convicciones. La elección de cerrar el film con las últimas palabras de la carta del padre, últimas palabras que tiene María Inés de él, confirman el reconocimiento, pero, a su vez, la directora-hija no deja de plantear toda su criticidad al "apartamiento del mundo" que significó la política armada, la clandestinidad, la lucha política como guerra entre ejércitos. Aquí es significativa la selección del fragmento del testimonio de Miguel Bonasso quien para resaltar el coraje de Iván Roqué recurre a las palabras halagadoras de militares que participaron del cerco, militares que en otro contexto discursivo hubiesen sido tratados por lo que hacían, o sea como torturadores. El propio Bonasso había definido a Roqué, pocos minutos antes en el film, como alguien "que tenía una cierta afición por la cuestión cuadro militar, sin duda, un cuadro fogueado, de gran temeridad, con un enorme coraje personal..."

Es a través de este juego de oposiciones y contraste que cobra toda su significación el abandono al que refiere el film de María Inés Roqué: no es el abandono de la responsabilidad del padre (aunque también lo es), sino el abandono en tanto decisión de una política que además producía un corte entre lo público y lo privado, y sacrificaba la vida cotidiana como si allí no hiciera falta producir ninguna emancipación.

La película está recorrida por un tono personal, llena de recuerdos íntimos, de anécdotas familiares. La voz emocionada de la directora, quien narra en primera persona la historia, por momentos le imprime un tono de diario íntimo. Por otro lado, el hilo narrativo está sostenido por el testimonio de la madre, quien a pesar de reconocer y recuperar la militancia de Iván, reenvía el relato en cada intervención al plano afectivo. Ahora bien, nada de esto impide pensar la película como una operación de memoria que, a diferencia de los otros productos que

analizamos, se niega a detenerse en el umbral de las explicaciones canónicas. El deseo y la necesidad de avanzar más allá del relato del héroe con el cual el padre es recordado, le permite a la directora mostrar un cuadro mucho más rico y complejo que la versión del militante-héroe. María Inés coloca esa trama personal de afectos y abandonos, que había estado ocluida por la figura de hombre público, en primer plano, junto a la otra trama, la de los motivos y los anhelos que llevaron a su padre a la política; para después interrogar a ambas con sus propias preguntas.

En los últimos tramos de la carta, Iván les dice a los hijos: "estén seguros que caeré con dignidad y que jamás tendrán que avergonzarse de mí"; pero a pesar de las instrucciones sobre cómo recordarlo, María Inés insiste en construir su propia memoria: "Nunca le pude decir a mi papá que no se fuera. Nunca me dio la oportunidad, siempre se fue de noche, sin que yo supiera. Nunca me pude despedir". El afecto, el reclamo y el dolor se constituyen, en el relato, en claves comprensivas a la vez que críticas. Esa criticidad no es meramente valorativa; a pesar de la necesidad de la directora de una respuesta personal que no llegará nunca, el mismo film se constituye en una forma de dar cuenta de nuestras relaciones con ese pasado y, más particularmente, con las apuestas militantes setentistas, al sobrepasar con mesura pero con determinación los lugares comunes de las memorias instituidas. En definitiva, María Inés Roqué logra construir un ejercicio de acercamiento comprensivo a las expectativas de entonces y una distancia cuestionadora de las formas por las cuales esas expectativas querían ser realizadas.

IV

Quizás resulte todavía necesario señalar la imposibilidad de pensar el Terrorismo de Estado en la Argentina sólo por sus datos previos, es decir, por la situación política y social que lo precedió. Si hay algo que ofrece pocas dudas es la desmesura del terror que se implementó (y los primeros sorprendidos fueron justamente sus principales víctimas). El dispositivo concentracionario y la inscripción del terror en todos los ámbitos de la vida social a fin de transformar los lazos sociales son irreductibles a los antecedentes históricos de la represión en Argentina²⁷. También parece todavía necesario volver a señalar la

²⁷ Para un análisis detallado de la conformación de esos dispositivos como una modalidad específica que configuró el poder represor en la Argentina de 1976-

existencia de una violencia estructural en el tipo de relaciones de dominación que forjó, durante siglo y medio, la clase dominante, cuyas "salidas" a las recurrentes crisis de hegemonía fueron planteadas en términos de fuerza.

Pero esto no nos impide señalar otras cuestiones; pretendemos que sean las prácticas y las definiciones políticas de la izquierda armada de aquellos años el objeto de una memoria crítica. Si el terror de la dictadura no se explica por sus antecedentes inmediatos, también es cierto que el accionar de las fuerzas de la izquierda armada debe ser desmontado si se quiere comprender a esas fuerzas -junto con sus experiencias y expectativas- como sujetos activos antes que como víctimas pasivas.

En este sentido son significativas las posiciones de las dos organizaciones político-militares de la época en torno al golpe de 1976:

"A fin de octubre de 1975, cuando todavía estaba el gobierno de Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada para impedirlo porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el Movimiento Peronista"²⁸.

"El paso dado por los militares [se refieren al golpe del 24 de marzo de 1976] clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria"²⁹.

Las citas precedentes no vienen a certificar "errores". Son la muestra de otra selección posible de qué recordar para la construcción de una memoria del pasado reciente en la Argentina. Una memoria desacralizada de aquella militancia es también condición para la restitución de la humanidad implicada en esas voluntades. Una memoria es crítica si puede hablar no sólo de algunos "errores" sino de las consecuencias de apreciaciones como las que acabamos de leer sobre el golpe militar realizadas desde las lógicas políticas implicadas.

83 ver: Pilar Calveiro, Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1998.

²⁸ Mario Eduardo Firmenich a Gabriel García Márquez, para L'Espresso, Italia, 9 de julio de 1977, citado en Juan Gasparini, Montoneros: final de cuentas, Buenos Aires, Puntosur, 1988, p. 88.

²⁹ El Combatiente, n° 210, 30/3/1976, citado en María Seoane, Todo o nada, Buenos Aires, Planeta, 1991, p. 298 [el subrayado es nuestro]. Aún cuando el PRT-ERP formuló, tardíamente, la posibilidad de conformar un frente democrático para frenar o postergar el golpe, esto no evitó su evaluación positiva del mismo.

Para rescatar las expectativas de cambio de aquella generación militante, su política y las consecuencias e implicancias de la misma, deben ser abordadas y puestas en crisis sin detener su paso en el umbral de lo decible y de lo audible, silenciando y desplazando de las memorias y las historias aquello que se ubica por fuera del campo de lo que es "políticamente correcto" recordar. Así estaríamos hablando y haciendo otra memoria, dotada de otra política: si somos capaces de comprender aquella militancia y aquella apuesta política sin dejar de percibir sus puntos ciegos, sus autoritarismos y sus perfiles, entonces nosotros estaríamos constituyéndonos en torno a una memoria crítica que pueda incidir sobre nosotros y sobre nuestra política. La memoria actuaría así como una intervención liberadora: nos permitiría acercarnos a la comprensión de ese pasado y a la vez nos posibilitaría distanciarnos del mismo, recuperando esa experiencia como elemento de aprendizaje para la crítica de nuestro presente y de nuestra subjetividad política. La intención es, entonces, comprender la relación entre los espacios experienciales y los horizontes de expectativa de aquella generación - para decirlo en términos de Koselleck-, y a la vez establecer distancia con aquella época a partir de nuestras expectativas ¿o acaso no hay una inconmensurabilidad entre lo que ellos esperaban del futuro y lo que nosotros podemos y queremos esperar?

Salirse de las historias mitologizantes del héroe y el mártir implica un trazado de la memoria que repite un intento, que si por cierto no es original en la Argentina posdictatorial, todavía es necesario: el de contar la historia de la década del '70 en un registro diferente, un registro que, como dice Nelly Richard, "no someta a las víctimas a la humillación de ver narrado su pasado en la lengua indemne del triunfal relato de la actualidad"³⁰, actualidad que -agregamos nosotros- triunfa en el demonio y también, claro, en el héroe, en el mártir.

³⁰ Nelly Richard, *Residuos y metáforas* (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición), Santiago, Cuarto Propio, 1998, p. 15.